

## «¿Hasta cuándo andaréis cojeando sobre dos muletas?»

**1 Reyes 18,20-21, 30-39; Salmo 96; Gálatas 1,1-12; Lucas 7,1-10**

La pregunta esencial que hace Elías aquí no está mal traducida por las biblias de Reina-Valera («¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos?») y Versión Popular («Hasta cuándo vais a continuar con este doble juego?»). Tales traducciones enfatizan el sentido que da el contexto, para plantear la necesidad de optar claramente entre Yahveh y Baal. Sin embargo, creo que el texto hebreo, traducido literalmente como: «¿Hasta cuándo andaréis cojeando sobre dos muletas?», contiene un matiz más rico.

No es necesario imaginar que los israelitas en tiempos de Acab y Elías se hayan propuesto abandonar a Yahveh para adorar a Baal. Su problema no era la duda entre una opción y otra sino la tentación sincretista. La de atribuir a Yahveh los consabidos atributos divinos de Baal.

En la historia de Aarón y el becerro de oro tenemos escenificada la síntesis sincretista entre Yahveh y Baal. Aquel becerro no se presenta como otro Dios distinto a Yahveh, sino como el propio Yahveh que los había liberado de la esclavitud en Egipto. Al representarlo con un becerro, lo único que hace Aarón es atribuir a ese Dios libertador los rasgos de poder de Baal sobre la naturaleza y su capacidad de intervención divina a favor de los intereses militares de sus adoradores.

En principio, la propuesta de adorar a un Yahveh con los atributos divinos de Baal parecería no solo inofensiva sino hasta sagaz, inteligente y profundamente correcta. Los cananeos adoraban a Baal, pero todo aquel poder que atribuían a Baal no es suyo sino de Yahveh. No es Baal sino Yahveh el que opera sobre la humanidad con esos poderes y esa autoridad. Los cananeos de Sidón como Jezabel, y esa mayoría cananea que poblaba las llanuras de Israel —población cananea que había sido absorbida dentro del reino en tiempos del rey David— reconocían en la divinidad de Baal su plena potestad sobre la naturaleza. Esa potestad divina se expresaba simbólicamente en las tormentas con rayos, truenos y granizo. Su esencia era fuerte, peligrosa e indómita como un toro salvaje. Pero el toro o buey, si uno aprende a tratarlo con el necesario respeto y afecto, alimentándolo regularmente y mimándolo con palmadas de afecto o rascándole la cara, podía poner toda esa fuerza impresionante a tus servicios, tirando de tu arado o de tu carreta. Así también, mientras que al dios no le faltasen sacrificios y muestras efusivas de amor, uno podía contar con que las cosas le irían bien en la vida.

Vistas así las cosas, el error de Aarón había sido querer valerse de una imagen fundida para representar al Señor; pero el principio de equiparar a Yahveh con Baal es correcto. Y ahora tenemos a Israel, en tiempos de Acab y Elías, adorando a Yah-

veh como Baal, es decir como Señor —que es al fin y al cabo lo que significa Baal: Señor— representado por sendos becerros de oro en Dan y Betel pero sin pretender con eso abandonar a Yahveh sino sencillamente atribuirle los poderes y atributos que los paganos atribuían a Baal.

Pero Elías entiende que el efecto de esto es el de andar cojeando con muletas en lugar de correr con libertad, con el pleno vigor de tus dos piernas. Atribuir a Yahveh los atributos de Baal no libera sino que esclaviza.

Atribuir a Yahveh los atributos de Baal significa que la teología baalista es correcta en su esencia. Que el único dato que les faltaba era reconocer que Yahveh, y no Baal, es Dios; pero que sus conceptos sobre quién y cómo es Dios, son esencialmente adecuados. Pero si vamos a adorar a Yahveh con las ideas sobre la deidad que derivan del baalismo, en el fondo seguimos adorando a Baal, por mucho que le hayamos cambiado el nombre y ahora lo conozcamos como Yahveh. Es la misma religión de siempre y el mismo dios de siempre, ofuscado tras la cortina de humo que supone haberle cambiado el nombre. Y Baal, con todo su poderío y autoridad, siempre ha defendido los intereses de los monarcas y del sacerdocio, en su expolio sistemático de los campesinos y en su sociedad clasista y esclavista. Si Yahveh va a tener los atributos de Baal, Israel se queda huérfano de su Dios esencialmente diferente, ese Dios que libera a los esclavos e instruye a todo su pueblo a convivir como hermanas y hermanos.

¿Hasta cuándo seguiremos cojeando sobre muletas en lugar de echar a correr con una nueva concepción de la deidad?

Quizá algo de esto hay en la primera frase del Salmo 96, una frase más o menos típica de los Salmos, donde nos insta: «Cantad al Señor un cántico nuevo». Tener un Dios diferente nos exige expresar nuestra adoración con formas nuevas. Todo lo demás es poner vino nuevo en odres viejos.

Este salmo viene reciclado, en 1 Crónicas 16, como salmo de David cuando trae el arca a Jerusalén: (O a la inversa, se copia aquí desde 1 Crónicas.) Es curioso, en ese sentido, observar que el Salmo 96 no resulta excepcionalmente revolucionario ni nuevo en su contenido teológico. Sospecho que es un salmo que cualquier baalista podría haber cantado sin inmutarse. El Señor tiene plenos poderes sobre toda la naturaleza, que a su vez le alaba efusivamente. El Señor es temible sobre todos los dioses. Hay que rendirle tributos y pleitesía y presentarse ante sus atrios —es decir acudir a su templo en el complejo palaciego de la Ciudad de David— si se pretende obtener su favor. Es un dios que establece y sostiene y favorece la monarquía. Es un dios en torno al cual no queda ya ningún tufillo de desprestigio como revolucionario libertador de esclavos, que derriba a los encumbrados y exalta a los humildes.

El «cántico nuevo» al que nos invita el Salmo 96, entonces, resulta ser el mismo cántico viejo de las religiones estatales de toda la vida. ¿Hasta cuándo seguiremos cojeando sobre muletas en lugar de echar a correr con una nueva concepción de la deidad?

Es curioso que la lectura de 1 Reyes sugerida para hoy, se detiene un versículo antes del final del episodio narrado. Elías propone que abandonemos el sincretismo, que sirvamos a Yahveh según lo que Yahveh nos revela acerca de sí mismo en lugar de dejarnos guiar por conceptos teológicos baalistas. Pero a continuación, en el furor asesino con que ejecuta fulminantemente a 950 profetas paganos, Elías imita el furor asesino de Jezabel contra los profetas del Señor. La presunta claridad de la elección a la que insta al pueblo, se vuelve borrosa e imprecisa cuando el fanatismo intolerante de Elías no hace más que imitar el fanatismo intolerante de Jezabel. Tal vez Dios pudo en esta ocasión hacer caer fuego desde el cielo, aunque todo el mundo sabía que Baal, el dios de las tormentas, hubiera sido perfectamente capaz de hacer lo mismo siempre y cuando hubiese una tormenta con rayos y truenos, que es donde había que buscarlo. El oportunismo de Elías culmina, entonces, con un crimen espantoso. Elías actúa como si el mal sólo está presente en ellos, en los profetas de Baal y Asera, a quienes hay que exterminar sin contemplaciones. Si esto es lo que manda hacer Yahveh, a ver quién nos explica en qué se diferencian Baal y Yahveh, más allá de que tal vez Yahveh sea más sanguinario y más cruel e irracional que el propio Baal. ¿De verdad se elimina la impureza religiosa con un baño de sangre, dividiendo la sociedad entre «nosotros» contra «ellos»? ¿Es esta, entonces, la conducta que inspira el Señor? ¿No es precisamente con tales conductas que adoramos a un Dios que es sólo un dios de las tormentas, un dios de rayos y truenos y guerras y genocidios... pero que no se acuerda jamás de los pobres, los oprimidos y los esclavos, no se acuerda de la misericordia y la compasión?

En la medida que Elías se figura que el mal está fuera de sí mismo, fuera de su propia etnia israelita, solamente en los cananeos y su religión, solamente en los profetas de Baal y Asera pero nunca jamás en su propio corazón ni en el de sus correligionarios, Elías sigue sin enfrentarse de pleno a la misma opción que había planteado a Israel:

¿Hasta cuándo, Elías, vas a andar cojeando sobre muletas en lugar de echar a correr con una nueva concepción de la deidad?

Sabemos que la historia de Elías continúa. Elías, en efecto, echa a correr. Corre más raudo que los caballos que tiran del carro de Acab. Corre cruzando todo el territorio de Israel y Judá y hasta el Monte Hebrón, donde tendrá que aprender a descubrir al Señor en un silbo apacible, casi inaudible, en lugar de buscarlo en tormentas y terremotos y grandes aspavientos de fuego mágico para impresionar a las multitudes —ni tampoco en el asesinato despiadado de sus adversarios.

Pablo abre su carta a los Gálatas echándoles en cara la facilidad y rapidez con que el evangelio de Jesús se les había amoldado a viejas nociones caducas sobre la deidad y la religión. Piensan que siguen fieles al evangelio que les predicó Pablo, pero no: las ideas que ahora sostienen son las mismas ideas de siempre y el evangelio ya no es buenas noticias sino las mismas noticias viejas y cansadas de toda la vida.

Para desentrañar los particulares de esta síntesis entre lo viejo y lo nuevo que había seducido a los Gálatas tendríamos que adentrarnos al resto de la carta. De momento quedémonos tan sólo con esta idea:

¿Hasta cuándo, oh gálatas, andaréis cojeando sobre muletas en lugar de echar a correr con la nueva libertad que es vuestro patrimonio en Cristo Jesús? Lo que os parece sabiduría y poder y cordura y capacidad de diálogo... no hace más que entorpecer vuestros pasos y estorbar vuestro avance. Os enreda los pies y andáis a tropezones cuando ya habíais probado lo que es vivir como hermanas y hermanos libres, liberados por el mensaje de la cruz.

Porque si es en la crucifixión de Jesús que hemos de ver el poder de Dios, todo lo que pensábamos saber acerca del poder divino resulta haber sido una quimera, una ilusión y un espejismo. Este galileo al que las autoridades judías y romanas aplastan sin contemplaciones, sin poder ni influencia entre la clase dirigente, sin dinero, sin un «patrón» poderoso del que es «cliente» y que pueda intervenir a su favor, muerto con la muerte más ignominiosa imaginable, sin honra ni honor, es proclamado Hijo y Mesías de Dios. Y si esa proclamación se ajusta a la verdad, todo lo que pensábamos saber acerca del poder y la autoridad resulta ser un error. La ley de Moisés declara que «maldito de Dios es el colgado de un madero». Si con este Jesús colgado de una cruz romana Dios ha escogido revelarnos ahora la esencia de su poder divino, todo lo demás que pensábamos saber son muletas que nos roban libertad de movimiento para avanzar y desarrollar nuestra fe.

Para concluir, del relato que hemos leído del Evangelio, sobre Jesús y el centurión, sólo quiero recoger una idea, que es afín a las reflexiones que nos venimos haciendo con las otras lecturas de hoy:

El encuentro entre Jesús y el centurión no es tal encuentro. Nunca se ven las caras, no hay diálogo, no hay oportunidad para que el centurión pueda escuchar un mensaje transformador que le trastoque todas sus ideas paganas acerca de la deidad. El centurión tiene, eso sí, fe. Tiene fe a la romana. Tiene fe en la intervención poderosa de Dios a favor de los justos. El centurión tiene quienes intercedan de su parte ante Jesús, dando testimonio de que aunque es un romano es buena persona, asegurando que es «digno» del milagro pedido. Tanto el centurión romano como los judíos que interceden por él se mueven en un mundo de conceptos religiosos donde los milagros se ganan a fuerza de buenas obras, con una fe inmovible de que cuando alguien es «digno», Dios actuará para concederle lo que pide. Desde luego, una parte

esencial de la dignidad ante Dios es la debida humildad. Y aquí también el centurión es especialmente digno, proclamando efusivamente desde lejos su indignidad de acercarse a Jesús y dando así muestras de la propia dignidad que niega tener.

Siempre hemos interpretado que Jesús admira y recomienda esa clase de fe. Pero quizá nos estemos perdiendo un toque de ironía en el relato. Quizá lo que deja a Jesús admirado y estupefacto es el desparpajo y la arrogancia, la seguridad de sí mismo que hay en este romano que cree asimilables el poder de Roma y el poder de Jesús.

—Tú y yo somos iguales —le ha mandado decir el centurión—. Los dos estamos a las órdenes de un ser superior. Tú del Dios de los judíos, yo del divino César. Tu Dios y mi César son más o menos equivalentes, en el sentido de que ambos disponen a capricho de las vidas de las personas. Nada importa que yo sea el representante de un sistema invasor, opresor, devastador de tierras y poblaciones, de crueldad exquisita en juegos de gladiadores y espectáculos circenses. Nada importa que el poder que me ha sido encomendado es el poder para reprimir, matar y esclavizaros a vosotros los judíos. Porque tu poder es, al fin de cuentas, el mismo poder que el mío. Estamos los dos bajo autoridad.

Este pobre extranjero, torpe e ignorante, no tiene ni la más remota idea de las barbaridades que está diciendo. Desde luego que él y Jesús están ambos bajo autoridad. Pero no es lo mismo —¡Ni remotamente parecido!— estar bajo la autoridad del César y dejarse llevar por los dulces y sanadores impulsos del Espíritu Santo. El uno representa los regímenes imperiales del terror, la muerte y la esclavitud. El otro representa la única esperanza que tiene la humanidad para ser libres de tamaña abominación.

Jesús y el centurión siguen cada cual por su camino sin jamás encontrarse. Jesús no sana al esclavo del centurión. No dice ninguna palabra que indique que toma cartas en el tema de la salud del esclavo. Sólo expresa su admiración ante el desparpajo de la fe del centurión. Es una fe que en el fondo no necesita a Jesús. Es una fe que, como Roma misma, puede hacer grandes cosas por sí misma, y ni falta que tiene de la intervención de Dios a su favor. Es una fe en el poder, una fe en la fuerza, una fe en la deidad tal como la conciben los paganos; fe eficaz, a su manera, a tenor de la repentina curación del esclavo.

Pero una fe que no libera al esclavo sino que sólo lo sana para seguir sirviendo al centurión como esclavo.

¿Hasta cuándo seguiréis cojeando sobre muletas en lugar de echar a correr con una nueva manera de entender a Dios?

Dionisio Byler  
Capilla, SEUT  
6 de junio de 2007